

EL REY QUE RABIÓ, DE RUPERTO CHAPÍ, EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA

Magda Ruggeri Marchetti

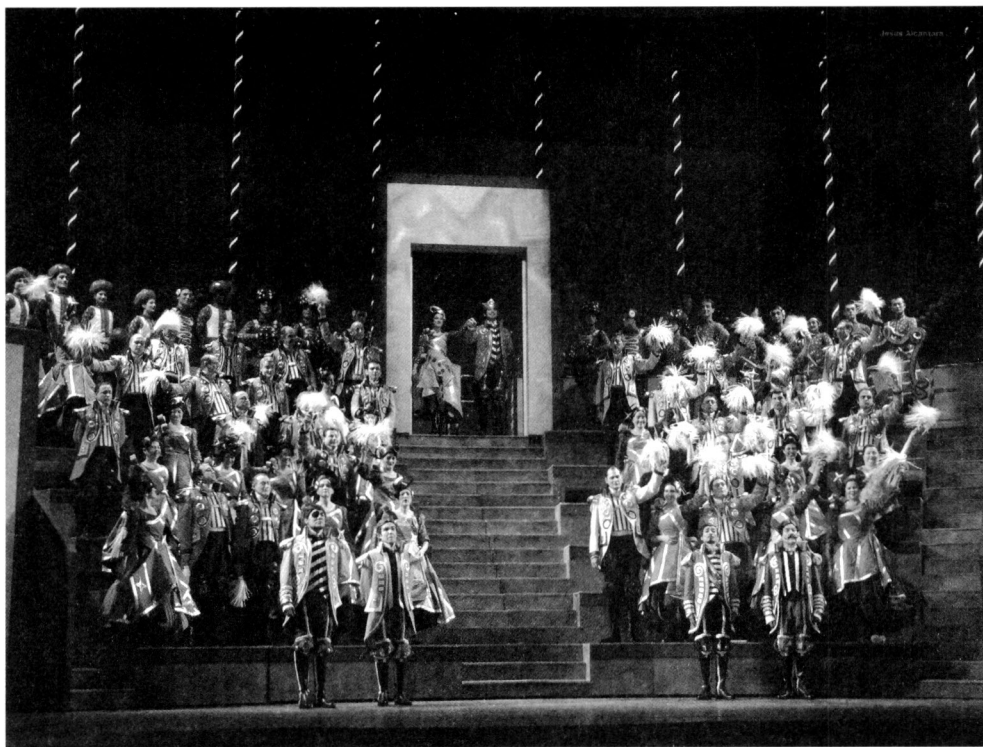
Director musical: Miquel Ortega. Director de escena: Luis Olmos. Escenografía: Juan Sanz y Miguel Ángel Coso. Figurines: Pepe Corzo. Dirección del coro: Antonio Fauró. Intérpretes: Jorge de León, Susana Cordon, Amelia Font, Luis Álvarez, Emilio Sánchez. Orquesta de la Comunidad de Madrid. Coro del Teatro de la Zarzuela. Teatro de la Zarzuela, 20 de abril de 2007.

Nacido en Villena (Alicante, 1851), Ruperto Chapí estudió en España y en Roma. Compuso piezas sinfónicas, un oratorio y algunas óperas de estilo italianizante, pero el gran éxito lo obtuvo con las zarzuelas llegando a escribir unas ciento cincuenta. La música de *El rey que rabió*, revisada por Tomás Marcos, es la gran protagonista junto al libreto de Miguel Ramos Carrión y Vital Aza, aún actual en lo político porque sus alusiones pueden aplicarse a cualquier época, aunque es evidente cierto paralelismo con Alfonso XII, un rey generoso y entregado a sus súbditos. En efecto, fue a visitar a los damnificados por las inundaciones de Murcia, a los afectados por los terremotos de Andalucía y también se desplazó a Aranjuez, contra la decisión de sus ministros, para animar a los enfermos de cólera en el Real Sitio, cuyas dependencias había puesto a su disposición. En la zarzuela, el monarca quiere visitar de incógnito su reino, pero sus consejeros, temiendo que descubra el malestar del pueblo, le amenazan con dimitir. Está claro que el rey de la ficción comparte con el verdadero la juventud, el romanticismo y el deseo de conocer la realidad de su país. También puede ser que en el gobierno se representen las deficiencias sociales del «sistema Cánovas».

Sin duda, el gran artífice de la función es Luis Olmos, director del Teatro de la Zarzuela, que ambienta *El rey que rabió* en un circo con un doble objetivo: resaltar la atemporalidad de la historia y atraer a un público joven. Al comienzo del espectáculo un grupo de acróbatas desciende de lo alto, monta en monociclo, juega con las mazas y se mueve continuamente con movimientos esquemáticos, casi geométricos, de gimnastas. En el fondo del escenario, una gradería cumple la función de parlamento, pero también de asientos para el público del circo y, en ese sentido, se puede encontrar una alusión al hecho de que los gobiernos de todo el mundo muchas veces no demuestran mayor seriedad. Otra crítica realística y actual es la escena que presenta el coro de doctores: 18 profesionales con sus batas blancas, fonendoscopios, gafas y gemelos se reúnen para diagnosticar, pero no comprenden nada. Una solución muy acertada es también la presentación de las princesas que aspiran a la mano del rey: cada una de ellas dentro de un elegante marco del que salen para mostrar sus dotes de magníficas acróbatas. Estupenda la escena que acompaña el famoso *Nocturno* en la cual una trapecista, colgada del techo y apoyada en un aro, con su

vestimenta plateada, estalla en el cielo cuajado de estrellas. Los numerosos elementos circenses, el continuo cambio de escenas, el perfecto movimiento de los acróbatas y malabaristas, nos proporcionan un brillante y colorido espectáculo. Contribuyen a este resultado la escenografía de Sanz y Coso y los acertados figurines de Corzo.

La música, que incluye valeses y polkas, revela la influencia francesa y en particular de Offenbach, así como la italiana, sobre todo de Rossini. La orquesta, bajo la precisa batuta de Miquel Ortega, combina con habilidad los diferentes elementos dando cabida a temas musicales de la tradición española. Perfecto también el coro, que en esta zarzuela tiene una fuerte presencia. Todo el reparto es de altura. La escritura vocal del Rey es femenina pero, como suele hacerse ahora, se ha optado por un tenor; Jorge de León, que ha lucido buena voz en especial en el aria final escrita para voz masculina. Susana Cordon ofrece su bella voz cuidando mucho la vocalización. Muy bien Emilio Sánchez en el papel de Jeremías, especialmente en la cavatina. El barítono Luis Álvarez, grande en la comicidad y en la voz. En conjunto, un soberbio espectáculo que dejó entusiasmado a un público con nutrida presencia infantil al que arrancó repetidas salvas de aplausos.



El rey que rabió, de Ruperto Chapí.
(Jesús Alcántara)